nado por una obsesión de perfeccionamiento, y casi nunca daba por definitiva la versión última de cualquiera de sus escritos. Cuando le conocí en 1945, hacía poco tiempo que había vuelto de Roma, donde vivía con su padre, el célebre pintor simbolista de su mismo nombre (de ahí el Chebé, el Chicharro Hijo, y hasta el Chicharro Botijo, con que llegó a firmar, y de ahí también el que en una de sus exposiciones colgase una naturaleza muerta, cuyo tema era un plato de chicharos, con el título de "Mi familia"), Chicharro, decía, acababa de volver de Italia cuando le conocí y, como había viajado bastante por Europa, trajo al ambiente, entonces bastante provinciano, de las tertulias literarias madrileñas una corriente de aire fresco con perfumes, no sólo de vanguardia surrealista, sino también de la mejor literatura italiana. Totalmente despreocupado de su fama, imposible en aquellos años, jamás le oí hablar con rencor de quienes se la negaban con sus tretas o con su silencio, que parecían divertirse en lugar de ofenderle, tanta era la seguridad que tenía en su obra tenaz e insobornablemente trabajada.

La prosa de ficción está representada en estas páginas, además de por Chicharro, por Nieva, por Camilo José Cela y por el tomellosero Francisco García Pavón —que ya era figura, como Camilo, en nuestro panorama literario— por Manuel Derqui, uno de los más caracterizados protagonistas de la revolución cultural aragonesa de los años 50, y como verá el lector, por varios de los poetas que colaboramos habitualmente en ellas.

Pero, más que en la prosa narrativa, que habría ocupado, de prodigarse, demasiado espacio en una revista fundamentalmente poética, *Deucalión* se interesó en la publicación de dibujos y otras obras de carácter visual, principalmente vanguardistas. Como ya he dicho, la escena artística española, y muy singularmente la madrileña, estaba dominada durante aquellos años por un academicismo tan variopinto como carente de porvenir. Casi compitiendo con el número de poetas, treinta y cinco artistas plásticos, si no he echado mal la cuenta, colaboraron en las páginas de esta revista. Además de los ya clásicos, entre los que se contaban Darío Regoyos, Angel Ferrant —una de las más claras mentes artísticas que he tenido la suerte de conocer y tratar—, el italiano Filippo de Pisis, el surrealista alemán Max Ernst, los manchegos Gregorio Prieto y Benjamín Palencia— que acompañó a sus dibujos con una interesantísima declaración—, y además de los poetas Roy Campbell, García Lorca, Alberti y Amón, algunos de los artistas más importantes para el porvenir de nuestro arte contribuyeron a crear el ambiente visual de *Deucalión*.

Empezando por los que desarrollaban sus actividades en Madrid, citaré a Francisco San José, uno de los más destacados miembros de la Escuela de Vallecas, inspirada y dirigida por Benjamín Palencia; a Agustín Redondela y Cirilo Martínez Novillo, de la Escuela de Madrid; al pintor, escultor y arquitecto alemán Mathias Goeritz, cuyas propuestas procedían del vanguardismo centroeuropeo; a Francisco Capuleto, uno de los indalianos almerienses, cuyo eclecticismo nos parecía entonces renovador; la también andaluza Pepi Sánchez, y Climent, que acababa de regresar de Méjico, de donde traía algo, no mucho, del muralismo de aquel país norteamericano.

Una de las vanguardias plásticas que más habían cuajado en los primeros años de la postguerra era la zaragozana, representada en *Deucalión* por tres de sus componentes: Santiago Lagunas, Fermín Aguayo y Laguardía. Lagunas colaboró, además de con sus dibujos, con un "Cocktail aperitivo de arte abs-